



**FERNAN-GOMEZ,  
AUTOR TEATRAL**

Todo el mundo conoce la personalidad de Fernando Fernán-Gómez como actor y director de cine, teatro y televisión. Pero quizá muchos menos su faceta de autor escénico. «La coartada» —obra que quedó finalista en el último premio Lope de Vega— es buena muestra de ella. Ambientada en la Florencia renacentista del siglo XV, «La coartada» narra la conjura que contra la todopoderosa familia Médici protagonizaron sus enemigos los Pazzi y un importante sector eclesiástico. Junto a la indispensable fidelidad a los hechos históricos, Fernán-Gómez muestra un excelente dominio de la construcción teatral dentro de esta obra que ofrece el último número de TIEMPO DE HISTORIA.



**LEALO  
EN EL NUMERO 8 DE**

**TIEMPO de HISTORIA**  
NOV. 1929-30

**ESTUDIANTES  
Y PROFESORES  
FRENTE A  
LA DICTADURA**



**EL DOCTOR  
ALBIÑANA  
PRIMER FASCISTA  
ESPAÑOL**



tiene pegajosa memoria de arcilla blanda. En ella han quedado grabadas huellas de pisadas humanas, de ademanes, de gestos, de muecas, de rostros que murieron o vivieron de perfil o de frente. En su «manera» de relatar los hechos que vivió como casi adolescente soldado de la República (1) se traduce ese forcejeo de la memoria por expulsar cuanto tiene almacenado, mínimamente condicionada por un orden discursivo, atenta, sobre todo, a salvar de la muerte del olvido todo cuanto puede ayudar a comprender el porqué no ya de una peripecia histórica vista por un científico, sino el porqué de las conductas de seres de carne y hueso inmersos en esa peripecia histórica. De ahí que la trama de **Un soldado de la República** acompañe no a un solo personaje, el narrador Pons Prades, sino a un puñado de muchachos republicanos del Distrito Quinto barcelonés, cada cual con su nivel de compromiso y capacidad de racionalización política. De esta manera, de la memoria de Pons Prades no sale sólo su especial óptica de hijo y nieto de ácratas, sino un ramillete de ópticas unidas por el común sustrato popular. Avalo totalmente lo que apunta la prologuista del libro, Montserrat Roig, cuando dice que Pons Prades «... arrastra sus raíces a lo largo de su biografía». Diría algo más. Cualquier hijo de la clase obrera que, por los caminos que sea, ha conseguido dotarse de mecanismos de expresión (palabras, imágenes, volúmenes), es consciente de que ha contraído un compromiso casi sagrado: emplear el don del lenguaje para recuperar o fijar la imagen, la identidad de una clase social sometida a la conspiración de su propio silencio y del ruido mixtificador.

Desde la escuela ácrata de la calle de la Cera, un recorrido de esperan-

(1) Eduardo Pons Prades, **Un soldado de la República**. G. del Toro, Editor., Madrid.

za y muerte acompaña a Pons Prades y sus amigos del «barrio del Padró» hasta el momento mismo del cruce de la frontera francesa en febrero de 1939, en ese instante en que un joven luchador que aún no ha cumplido veinte años vuelve el rostro hacia el país-sepultura y descubre: «... la imposibilidad moral de deshermanar nuestras vidas de sus muertes...». A lo largo de ese recorrido hemos visto la República y la guerra desde las perspectivas de soldados y ciudadanos de a pie, y, por lo tanto, el canon empleado es el de la simple estatura humana. Desde ese canon se accede a una lógica elemental y a una moral elemental desprovistas de los afeites y tatamientos de belleza épica, en general, que suelen emplear los grandes albaceas testamentarios de su propia honrilla histórica. Desde la estatura del peatón, Pons Prades ve a los amigos de uno en uno y los enemigos también. Le duele la muerte de uno en uno, sean amigos o enemigos; le duele la injusticia de una en una, sea republicana o franquista, y sin abdicar de un compromiso total y final con las fuerzas populares, el autor o los protagonistas de este libro lo empiezan y lo acaban con el propósito de salir garantes de una cruzada por

la «humanización de los conflictos políticos»; es decir, porque no se pierda nunca de vista que cualquier atentado contra la dignidad humana es un atentado contra el único valor convencional que justifica que sea el hombre quien emplee raticidas y no las ratas quienes empleen hombricidas.

Los hechos importantes de esos tres años importantes aparecen en función del papel que desempeñan los protagonistas. Pons Prades ofrece así una imagen real de la participación popular en una guerra que no hicieron solos Negrín, Franco, Rojo, Queipo de Llano o el Cristo de Lepanto. La intención de componer la imagen de un protagonista colectivo es constante en todo lo publicado hasta ahora por el autor de **Los que sí hicimos la guerra** y del estudio sobre la participación de españoles republicanos en la segunda guerra mundial. Eduardo Pons Prades presta nombre y apellidos a un sujeto colectivo que al perder la guerra estuvo a punto de perder las señas de identidad. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

**Una historia  
antropológica**

En un país al que se ha forzado a mirarse

más en el pasado que a inquietarse por el porvenir, la Historia ha sido una de las piedras angulares sobre las que ha descansado la ideología oficial. A nivel académico, la Historia venía a ser una disciplina obligada o el umbral sobre el que se comenzaba la iniciación de cualquier ciencia; frecuentemente, en nuestras carreras no hemos pasado de esos niveles históricos en muchas asignaturas cursadas. La Universidad ha estado llena de vacas sagradas de la Historia, casi siempre anecdótica, con sus Reyes y Reinas y las consabidas batallitas. Sin embargo, la evolución de la sociedad española, señalando el cómo y el porqué habían aparecido las fuerzas sociales que configuraban a un conjunto de gentes como una sociedad determinada, con su correspondiente cultura, es algo de lo que nos hemos visto privados.

La operación rescate de los españoles que malhadados incidentes históricos llevaron a dejar de serlo que ha tenido más importancia es la que han promovido un grupo de ellos que se han rescatado a sí mismos con el regreso a una Patria que, desgraciadamente los ignoraba. Tal ha sido el caso de Julio Luelmo, quien con el seudónimo de Mauro Olmedo escribió



en México una voluminosa obra sobre la evolución de la sociedad desde la óptica del materialismo histórico, y que se ha convertido en una de las autoridades más importantes que sobre el tema hay a nivel mundial.

Los trabajos anteriores han tenido un marco de referencia, bien universal o mexicano. No obstante, recientemente ha comenzado a publicarse la primera parte de sus estudios relativos a España, y más concretamente, dedicada a algo tan ignorado como los pueblos primitivos y la colonización romana (1).

La obra, a pesar de lo que pueda parecer por el muy específico tema, está muy alejada de ser el clásico «rollo macabeo». Se trata de un preciso instrumento de conocimiento, tanto de una etapa de la evolución de la sociedad española, como también la explicación de una serie de particularidades que se nos presentan en la España tradicional, y que todavía podemos percibir a través del impacto producido por la industrialización y el urbanismo.

Luelmo investiga utilizando el material antropológico que puede obtener y datos empíricos de la sociedad actual; usa también de fuentes poco empleadas por los historiadores y sí por el etnólogo, como, por ejemplo, la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*. El repertorio de autores también está muy bien escogido.

En el *Desarrollo de la sociedad española*, el autor se proporciona las bases teóricas que utiliza como puntos de partida para los fines de su estudio, y ofrece aspectos tan interesantes como la organización social o las relaciones de producción, pasando por el estudio de la magia y de la religión, las manifestaciones estéticas, etcétera. Tampoco podría faltar análisis de la tesis marxista del paso de la esclavitud al feudalismo, que, junto

con la crítica del modo asiático de producción, son los dos temas preferidos por este investigador.

Este libro ofrece tanto un excelente material para el historiador como para el antropólogo, y es también un simple entretenimiento para quien sólo desea incrementar sus conocimientos. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

### La vuelta de Ciro Bayo

«Sólo el ponerse bajo la protección de la santa curiosidad hace a los desarraigados, a los aventureros, a los filósofos trashumantes, nobles por el espíritu y por la fortaleza del corazón», escribía don Ciro Bayo y Seguro en una *Declaración del autor*, previa a su *Lazarillo español* (1). Mucha curiosidad tuvo don Ciro a lo largo y ancho de sus ochenta años de vida, años que fueron hechos casi todos «a pie y, como se dice, sin dinero». Hijo natural, leguleyo frustrado, vivió la aventura de la segunda guerra carlista, que contó por lo menudo en un curioso libro, escrito treinta y tantos años después de los hechos y reeditado ahora: *Con Dorregaray. Una correría por el Maestrazgo* (2)...

Luego estuvo en América del Sur y en Cuba... En Ultramar fue maestro rural, periodista urbano, lego en un convento de franciscanos, viajero a caballo en un periplo inconcluso del Sur hasta Chicago... Volvió a Madrid cuando empezaba el siglo para vivir o malvivir, ya definitivamente a pie, trampeando como podía, escribiendo para los editores extraños manuales de higiene sexual, que se vendían mucho, y sufragando de su bolsillo la edición de las obras que le gustaban, que no se vendían nada. Amigo de los hermanos Baroja, ha encontrado

en su sobrino un biógrafo cariñoso y agudo (3). También don Pío lo hace desfilar en sus *Memorias*, donde dijo de él que tenía «complejos raros y mal explicados». Baroja cuenta que cuando a don Ciro le pidieron una foto para la «Enciclopedia Espasa» mandó una de su padre, y así ha quedado iconográficamente para eso que se llama la posteridad...

Este libro sobre Dorregaray es fruto de la primera aventura juvenil del escritor. Destinado a la carrera de Leyes por su padre, huye de casa y se enrola en las filas carlistas no por motivos ideológicos, sino por creer que así podría hacer mejor carrera. Y la carrera la hizo en sentido literal. Casi no paró de un lado a otro hasta terminar en la cárcel, como prisionero de guerra, después de la derrota carlista en la comarca del Maestrazgo... Pero en esta carrera personal que se inicia por voluntad propia en Valencia, siguiendo por Castellón, Segorbe, etcétera, y pasando por Cantavieja, Mosqueruela y Cariñena, donde vivió hechos de armas que relata a medias en estilo coloquial y a medias en un estilo que no lo es tanto, el joven Ciro Bayo conoció de cerca a los diversos caudillos carlistas. Muy especialmente al muy católico don Antonio Dorregaray (de Misa y rosario diarios), de quien fue escribiente y a quien vio parlamentar y discutir con otros jefes de la rama carlista, jefes no muy bien avenidos entre sí.

Libro curioso —entre otras cosas, por ser de los pocos testimonios directos que quedan de la segunda guerra carlista—, es bastante representativo del estilo y las ideas del autor. Junto a la descripción directa y vivida aparece el excipiente, más o menos graso, de la cultura clásica del escritor; la

cita culterana o el homenaje quijotesco (era un enamorado de Cervantes), como cuando empieza un párrafo: «La del alba sería...»; a veces mete trozos enteros de crítica literaria, juicios sobre Shakespeare, etcétera; en ocasiones recuerda este personaje al Gabriel Araceli galdosiano... ■ VICTOR MARQUEZ REVI-RIEGO.

### «Historias de almanaque», de Brecht

Tras el forzado exilio, iniciado en el 33, Bertolt Brecht se instaló en el Berlín Oriental en octubre del 48. Al año siguiente, las representaciones de *Madre Coraje y sus hijos* en el Deutches Theater berlinés, con Helene Weigel en el personaje central, señalaron el nacimiento del Berliner Ensemble. De ese mismo 49, cuando toda la obra de Brecht estaba ya prácticamente escrita y editada, es la publicación de *Historias de almanaque*, que ahora acaba de incluir Alianza Editorial —en traducción de nuestro compañero Joaquín Rabago— en su prestigiosa Colección de Bolsillo.

Importa recordar estas fechas para mejor entender el libro. Se incluían en él una serie de expresiones, cuya diversidad formal —poemas, relatos, aforismos— debió inducir a un título que expresara claramente el carácter heterogéneo de su contenido. De hecho, era un libro que hubiera resultado difícil de entender cabalmente sin la existencia de una vastísima obra anterior, a la que *Historias de almanaque* se incorporaba sin ninguna dificultad. Escritos sus textos a partir del 30, reflejaban una serie de meditaciones nada marginales y totalmente enclavadas en el discurso central del autor. De ahí la unidad última de los textos, más en razón de sus relaciones con el opus brechtiano que en función estricta de sí mismos.

Por lo demás, una contemplación global de



Bertolt Brecht.

la obra de Brecht produce una sensación semejante a la que se deriva de la lectura de este libro. Incluso —de acuerdo con las postulaciones brechtianas sobre el teatro épico— dentro de un mismo drama encontramos esa voluntad de descomponer la realidad en una serie de conflictos expresivos en sí mismos y desligados del sentido de «continuidad dramática» atribuido al teatro aristotélico.

Así, no resulta nada extraño que algunos de los poemas de *Historias de almanaque* —como el muy conocido «Preguntas de un obrero que lee»: «¿Quién construyó Tebas, la de las Siete Puertas? En los libros figuran sólo nombres de Reyes. ¿Acaso arrastraron ellos los bloques de piedra?»— hayan aparecido en otros libros brechtianos sin dar ninguna sensación de desgajamiento.

Lo más nuevo del libro para el lector español son las narraciones, a través de las cuales, sin sacrificar jamás las exigencias poéticas de la fábula, Brecht nos hace casi siempre una

tácita propuesta: descubrimos la presencia de una serie de circunstancias, generalmente omitidas, que encerraron, sin embargo, la posibilidad de cambiar el curso de ciertos acontecimientos «históricos». Así, la muerte de César aparece en la trama de unos personajes secundarios; por la misma razón que el heroísmo de Sócrates en una batalla se explica porque una espina clavada en el pie le impide huir, como él pretendía, o la grandeza de Giordano Bruno se reafirma en su voluntad de pagar un manto comprado poco antes de ser encarcelado...

«¿Quién construyó Tebas, la Ciudad de las Siete Puertas?» es un poco la pregunta que inspiran estas y tantas otras páginas de Brecht. Rechazar las interesadas explicaciones idealistas, revelar el papel de los personajes omitidos, preguntarse un poco caústicamente por el trasfondo real del heroísmo, descubrir, en fin, la relación entre la situación social y el pensamiento, sería su tarea. Pero eludiendo el pro-

(1) *Lazarillo español*, Colección Austral.

(2) *Con Dorregaray. Una correría por el Maestrazgo*, Ediciones del Centro. Estudio preliminar de Alicia Redondo.

(3) Julio Caro Baroja, que conoció al escritor cuando este regresó a Madrid y frecuentaba la casa de su familia en la calle Mendizábal, tiene una recordación de Ciro Bayo en *Semblanzas ideales*, Taurus.

(1) *El desarrollo de la sociedad española*. Editorial Ayuso. Madrid, 542 páginas.